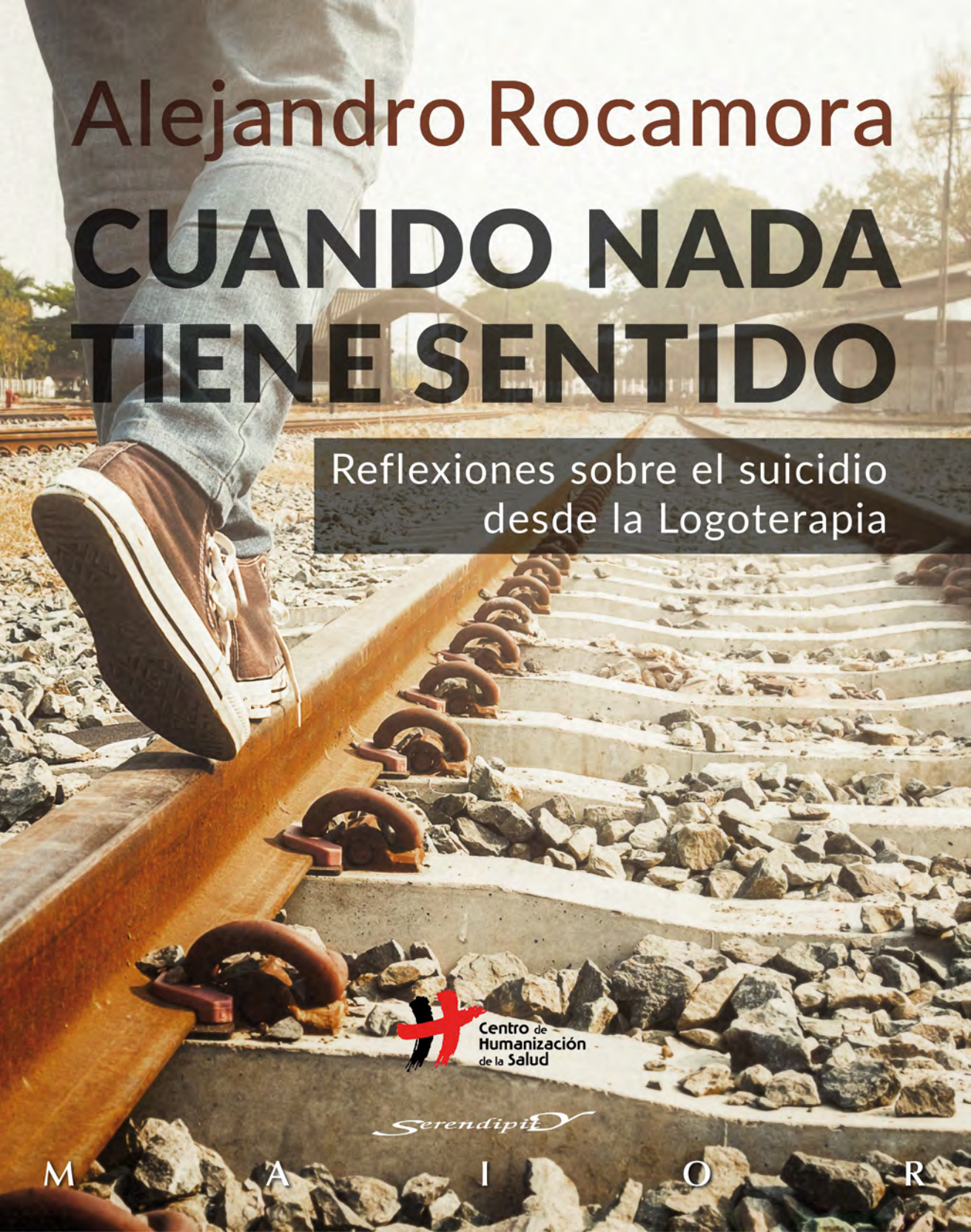




Alejandro Rocamora

CUANDO NADA TIENE SENTIDO

Reflexiones sobre el suicidio
desde la Logoterapia



Centro de
Humanización
de la Salud

Serendipit

M A I O R



Alejandro Rocamora Bonilla

CUANDO NADA TIENE SENTIDO

Reflexiones sobre el suicidio
desde la logoterapia



Desclée De Brouwer



**Centro de
Humanización
de la Salud**

Índice

Prólogo	9
Introducción.....	11
1. Punto de partida: el silencio de nuestra sociedad ante el enigma del suicidio	17
1. Mal de nuestra sociedad: la persona: un ser sin raíces, ni lazos, ni sentido	17
2. El enigma, el estigma y el tabú del suicidio	26
3. La sociedad ante el enigma del suicidio.....	29
4. El silencio de nuestra sociedad.....	33
5. Cómo romper el silencio social	37
5.1. Los medios de comunicación	37
5.2. Medios preventivos según la OMS	40
2. Concepto de suicidio y algunos datos estadísticos.....	45
1. El suicidio: una vivencia compleja	45
2. Algunos datos estadísticos.....	47
2. Levantar la mano sobre uno mismo	49
3. Suicidio y vida	53
1. La muerte como “imagen en espejo” del nacimiento	53
2. Actitudes ante la muerte.....	54
3. La muerte de Iván Ilich.....	56



4. Muerte, sufrimiento y sentido	61
4.1. El sentido ante la muerte.	61
4.2. El sentido ante el sufrimiento humano.	62
5. Mitos sobre el suicidio	64
6. La conducta suicida en la vida cotidiana.	67
4. Antropología de V. Frankl.	69
1. El psicoanálisis y otros modelos psicológicos.	69
2. La persona: un ser en busca de sentido	73
3. La salud mental	85
5. Logoterapia y suicidio	89
1. La lógica del suicidio.	89
2. Génesis de la vivencia suicida y su relación con el sentido . .	94
3. El suicidio visto desde la logoterapia	104
6. Intervención logoterapéutica	111
1. La psicoterapia: arte y técnica	111
2. El encuentro logoterapéutico	114
3. Relación profesional de la salud- paciente	117
3.1. Visión de la medicina actual.	117
3.2. Visión de la psiquiatría actual	121
3.3. Visión de Viktor Frankl	123
4. Farmacología y psicoterapia	124
5. Intervenciones logoterapéuticas y suicidio	125
7. Punto de llegada: la voluntad de sentido.	135
1. El triángulo mágico: esperanza, vínculo y sentido.	135
2. Psicología de la esperanza	136
3. Psicología del vínculo	143
4. La voluntad de sentido	147
A modo de conclusión	151
Bibliografía.	157
Bibliografía comentada sobre la conducta suicida	163

Prólogo

Tenemos ante nosotros una obra que nos ofrece una visión amplia y profundamente humana de la realidad dolorosa del suicidio. Este libro refleja un conocimiento psiquiátrico, psicológico y, además, humano-existencial. Produce una lectura que hace vibrar, enternecerse y emocionarse en la consideración de nuestra constitución como seres humanos, nuestra vulnerabilidad y grandeza.

La forma de abordar los temas es interactivo, integrativo, holístico, lo que favorece una comprensión más ajustada a la complejidad del fenómeno de la conducta suicida y enfatiza su prevención. Especial relevancia tiene esta visión en la promoción de una sociedad saludable, donde la salud es puesta en un contexto ético y social.

Destacamos también la amplitud del conocimiento de autores diferentes, cuyas aportaciones nos ofrece Alejandro a lo largo de todo el libro para propiciar su diálogo con la logoterapia de Viktor Frankl.

Considero de especial interés el excelente planteamiento que realiza, en el capítulo VII, vinculando voluntad de sentido y esperanza. También las aplicaciones de las técnicas logoterapéuticas, en relación con las situaciones límite, que se vinculan con el suicidio, constituyen un gran beneficio para el reconocimiento del valor que la logoterapia tiene para psiquiatras, psicoterapeutas y, en general, profesionales y personas vinculados con el acompañamiento terapéutico.

El libro plantea cuestiones esenciales que el autor aborda ofreciendo pinceladas para favorecer la propia reflexión del lector, si bien tales preguntas se mantienen abiertas, pues corresponde a cada uno dar su respuesta personal.

En todo caso nos ayuda a tomar consciencia de la amplitud sociodemográfica de este fenómeno humano tan complejo y de su sustrato psicológico y, a veces, psicopatológico.

En definitiva, nos introduce en la dimensión humana y existencial del suicidio. Podemos comprender las razones de la persona que se plantea y/o intenta o realiza el acto suicida, aunque no lo compartamos. Nos muestra la íntima relación muerte-vida en la existencia, así como las actitudes ante la muerte. Lo cierto es que nadie quiere morir. La muerte es absurda para todo ser viviente. Desde nuestro “deseo de omnipotencia”, el hombre siente el impulso de permanencia, de no morir. Más para algunas personas, la muerte cobra sentido.

De la mano de Tolstoi nos plantea la consideración de que la única forma válida de enfrentarse con la muerte es la aceptación de la propia vida y la preocupación por los demás; la vida auténtica es encontrar el sentido a esos últimos momentos de vida. Nos sitúa en lo heredado, aprendido y construido desde Viktor Frankl.

Muchas gracias, Alejandro, por tu trabajo de rehumanización de las disciplinas que ayudan al *homo patiens*, contando con la perspectiva de la logoterapia.

M^a Ángeles Noblejas de la Flor
Presidenta de la Asociación Española de Logoterapia

Introducción

La sociedad española se quedó aturrida por la carta de despedida de un niño de 11 años, antes de suicidarse. Se publicó en los medios de comunicación en enero de 2016. He aquí su texto¹:

Papá, mamá, estos 11 años que llevo con vosotros han sido muy buenos y nunca los olvidaré como nunca os olvidaré a vosotros. Papá, tú me has enseñado a ser buena persona y a cumplir las promesas, además, has jugado muchísimo conmigo. Mamá, tú me has cuidado muchísimo y me has llevado a muchos sitios. Los dos sois increíbles pero juntos sois los mejores padres del mundo. Tata, tú has aguantado muchas cosas por mí y por papá, te estoy muy agradecido y te quiero mucho. Abuelo, tú siempre has sido muy generoso conmigo y te has preocupado por mí. Te quiero mucho. Lolo, tú me has ayudado mucho con mis deberes y me has tratado bien. Te deseo suerte para que puedas ver a Eli. Os digo esto porque yo no aguanto ir al colegio y no hay otra manera para no ir. Por favor espero que algún día podáis odiarme un poquito menos. Os pido que no os separéis papá y mamá, solo viéndoos juntos y felices yo seré feliz. Os echaré de menos y espero que un día podamos volver a vernos en el cielo. Bueno, me despido para siempre. Firmado Diego. Ah, una cosa, espero que encuentres trabajo muy pronto Tata. Diego González.

Estas líneas rezuman agradecimiento (a los padres y a los abuelos) por los once años de felicidad que ha tenido, pero también reflejan su angustia por su presencia en el colegio y cómo no encuentra otra salida que la muerte. Pero,

1. EL PAÍS: http://politica.elpais.com/politica/2016/01/20/actualidad/1453319134_091881.html

lo que más me sorprende de esta carta es que en el precipicio de la muerte se preocupe por los demás: *espero que encuentres trabajo muy pronto Tata*. A pesar de su dolor y sufrimiento es capaz de pensar en el otro y de “audistanciarse” de su propio dolor.

La vivencia suicida

La aproximación a la vivencia suicida se puede realizar desde diferentes posiciones: como respuesta individual a una situación (modelo tradicional del saber) o como un proceso personal y grupal. En el primer caso las explicaciones son coherentes desde el momento que conseguimos establecer relación entre el hecho suicida y el propio individuo. Es una respuesta causa-efecto, que busca explicaciones. Aquí, la vivencia suicida es un acontecimiento simple y concreto, que a lo sumo indica la debilidad o vulnerabilidad del sujeto, pues atenta contra principios básicos: el instinto de conservación o el respeto a lo establecido por Dios (principio moral).

Desde esta posición el suicidio no tiene sentido pues rompe el orden preestablecido y quebranta la ley de no atentar contra uno mismo. La conclusión es obvia: el que realiza esta conducta es un enajenado, al menos en el momento mismo de la acción. El suicidio es un “sinsentido”.

Desde otros modelos del saber científico (epistemología de la complejidad, descrita por Edgar Morín 1990)² podemos entender el suicidio, no como un acto aislado sino como una señal (signo) inmerso en un conjunto (microcosmo y macrocosmo). Es como un mojón, que imprime carácter y significado a lo anterior y a lo posterior de la biografía del sujeto, en el largo camino de su existencia, que configura un talante y un estar-en-el-mundo. Significa una forma de relacionarse con el otro, con el mundo más próximo y con todo el universo.

En este encuadre, el suicidio (como la enfermedad y la muerte) juega un papel equilibrador de las fuerzas dispersas del universo. No es algo superpuesto a la vida sino que forma parte de la trama existencial del hombre. Es la sombra que indica que existe la vida y que el ser humano tiene una cualidad de los dioses: decidir el momento de su propia muerte.

2. Morin, E. (1996). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa. (original, 1990)

Desde la visión de la logoterapia la gran cuestión que se plantea ante el deseo de suicidio, no es explorar las razones para suicidarse; sino más bien las razones para vivir. Para Viktor Frankl el ser humano es libre y responsable y por esto siempre tendrá la opción de optar por la vida o por la muerte.

Muchas preguntas, pocas respuestas

Después de muchos años estudiando el fenómeno suicida, he llegado a la conclusión que tengo más preguntas sin resolver que respuestas. Siempre me surge la pregunta: ¿tiene sentido el sinsentido del suicidio?

Otras grandes cuestiones son: ¿cómo llega el ser humano a plantearse su autodestrucción? ¿Cómo podemos ayudar a seguir viviendo? ¿debemos ayudar a evitar la muerte? V. Frankl da cumplida respuesta a estas preguntas.

Durante tres años he estado estudiando y reflexionando sobre la obra de V. Frankl. Este psiquiatra, neurólogo y filósofo vienes (1905-1997), que estuvo prisionero en varios campos de concentración nazis, desarrolló su teoría de la logoterapia: la persona es libre y responsable y su esencia es la “voluntad de sentido”. En 1945 escribió *El hombre en busca de sentido* donde describe con crudeza, pero también con esperanza, su vida como prisionero de un campo de concentración. Tanto esta experiencia como sus numerosos escritos siempre me ha sorprendido su profundo respeto por el ser humano y su creencia de que el hombre, todo hombre, es capaz de dar una respuesta saludable, aún en las situaciones más angustiosas. Siempre somos libres de tomar una opción u otra.

Las noticias, como la carta de despedida de ese niño de 11 años antes de suicidarse, siempre me conmueven. ¿Por qué un niño encuentra en la muerte su sentido a la vida? ¿Qué mecanismos psicológicos pueden sostener esta decisión? ¿Qué falla en nuestra sociedad para que la opción del suicidio sea la puerta falsa ante la adversidad? Estas y otras preguntas tienen una respuesta en las páginas de este libro.

Cuando nada tiene sentido

Es la situación de la persona que está inmersa en un torbellino de vivencias tras algún acontecimiento traumático agudo o crónico: muerte de un ser

querido, diagnóstico mortal, situación económica desesperante, paro prolongado, sentimiento de culpa intenso, sensación de baja autoestima en diferentes situaciones de la vida, etc. En estas o similares situaciones parece que todo se derrumba y no se ve ninguna puerta de salida, solamente el suicidio como “puerta falsa” e irreversible a la vivencia de desesperación o desesperanza. El propio protagonista se da cuenta que la solución del suicidio no es la más sana, pero siente que es la única salida posible. Como veremos, en ocasiones la persona que piensa en el suicidio, aunque parezca contradictorio, no quiere morir sino acabar con su sufrimiento. De ahí la importancia de facilitar otra alternativa a su situación crítica. De facilitar que encuentre el sentido de su vida.

Nuestra reflexión se centrará, como después diremos, en las personas que sin tener un diagnóstico psiquiátrico tradicional se sienten inmersas en el sinsentido de sus vidas. Lo que subyace, pues, en su deseo de muerte, no es ninguna vivencia psicopatológica (tristeza patológica, delirios, alucinaciones, etc.) sino el vacío y la desesperanza. Lo que V. Frankl denominó “neurosis noógenas”, que son neurosis que tienen su origen en una falta de sentido en la vida o conflictos existenciales.

El contenido

El punto de partida de estas páginas es una reflexión sobre la actitud de nuestra sociedad occidental sobre el enigma del suicidio (capítulo I). Aquí se analizan los mecanismos defensivos de nuestra sociedad ante la conducta suicida y se sugieren las medidas preventivas más adecuadas para evitarlo.

Los capítulos siguientes II, III y IV sirven de encuadre del tema: se describe el concepto de suicidio y algunas estadísticas (cp. II); una reflexión sobre el suicidio y la vida, insistiendo en el sentido ante la muerte y ante el sufrimiento, así como los mitos más frecuentes ante el comportamiento suicida (cp. III); y se dan algunas pinceladas de la antropología que subyace en la logoterapia (cp. IV).

Los capítulos centrales del libro están constituido por los capítulos V y VI: en el primero se analiza la lógica del suicidio, así como su psicogénesis y una visión desde la logoterapia; y el cp. VI está dedicado a la descripción de la aplicación de la intervención logoterapéutica en la clínica diaria.

El punto de llegada de esta reflexión (cp.VII) es una propuesta de integración del concepto de esperanza, vínculo y sentido, lo que hemos denominado el “triángulo mágico”, como una forma de encontrar el sentido a la muerte producida por la propia mano.

Mi agradecimientos a José Carlos Bermejo, Director del Centro de Humanización de la Salud, que con su empuje e entusiasmo ha provocado la aparición de estas páginas; a Nina, mi mujer, por sus correcciones y sugerencias, con las que se ha beneficiado la forma y fondo de este manuscrito y a María Angeles Nobleja por su exquisito y cálido Prólogo y por sus aportaciones, siempre oportunas. Gracias a los tres.

Se pueden beneficiar de la lectura de estas líneas tanto los profesionales de la salud (médicos, enfermeras, psicólogos, psiquiatras, trabajadores sociales, etc.) así como los voluntarios que prestan su ayuda en los servicios de urgencias o atienden a personas con alto riesgo de suicidio.

Posiblemente, al terminar de leer estas páginas, querido lector, los interrogantes ante la vivencia suicida de Pedro, María, Antonio y un lago etcétera, persistan, pero espero y deseo que al menos te hayan servido para posibilitar un cambio de actitud ante la persona que te manifiesta el deseo de morir por “su propia mano”. Si es así, mi propósito al escribir estas páginas se habrá cumplido.

Punto de partida: El silencio de nuestra sociedad ante el enigma del suicidio

1

1. MAL DE NUESTRA SOCIEDAD: LA PERSONA: UN SER SIN RAÍCES, NI LAZOS, NI SENTIDO

La gran lucha del ser humano es, no perder su individualidad a pesar de estar inserto en un colectivo. Debe estar atento a no dejarse ahogar por el grupo, pero tampoco puede vivir como si no estuviera nadie a su alrededor. El gran drama del ser humano es que debe ser “uno mismo” pero sin renunciar a los requerimientos y necesidades de los otros.

Sin embargo, lo individual y lo grupal no son realidades contradictorias sino que se implican mutuamente para constituir la propia existencia humana. Son como las dos caras de una misma realidad: el ser humano.

“Doctor: me siento vacío”. Es la expresión con la que muchos consultantes comienzan o terminan su relato de frustración, incompreensión o hastío de la vida, ante el psiquiatra o cualquier agente de ayuda. Así, inició la entrevista Luis, ingeniero de caminos, de 38 años de edad, casado y con dos hijos: *Tengo muchas cosas (casa, coche, una buena posición económica y social) pero me siento sin ilusión, sin proyectos, sin ganas para seguir viviendo...Es como si estuviera haciendo las cosas que a los demás les hacen felices pero a mí me produce cierta sensación de aburrimiento. Me siento como participando en una carrera de alta competición sin que yo haya hecho la inscripción. Son los otros (mi familia, mis amigos, mis jefes, etc.) los que han decidido por mí. Me siento como sumergido en un profundo pozo, sin fondo. Bajo mis pies solamente existe la nada.*

Nuestra sociedad está plagada por muchos Luises, que con mayor o menor intensidad, viven la experiencia de su propia vaciedad y “sinsentido”. Pueden estar en paro o con un buen puesto de trabajo; enfermos o sanos; vivir en una familia saludable o enferma psíquicamente; tener una pareja estable o no, todo eso poco, o nada importa, frente a su sentimiento corrosivo de vacuidad.

La gran tragedia del hombre actual es que siente atrapado y ahogado (“vaciado”). Los medios de comunicación cada día nos proponen héroes, que son inalcanzables, pero al mismo tiempo tienen los pies de barro. No resisten el mínimo análisis serio. Hemos pasado de la tiranía de los valores introyectados (religión, tradición familiar, etc.) a la esclavitud de la moda. Vivimos al dictado de lo que nos dicen: qué coche tenemos que comprar, que tipo de champú debemos utilizar, o que carrera deben estudiar nuestros hijos para... triunfar.

Dos consecuencias

Todo ello conduce al prototipo del hombre de hoy: frustrado e insatisfecho con lo que tiene. Pues, siempre se puede hacer mejor y además “los modelos” a imitar son tan cambiantes que no permiten una identificación plena. Me lo decía un paciente: *A veces me siento como escalando una alta montaña, pero con la angustia de lo que consigo un día no me sirve para el siguiente. Siempre estoy empezando de cero. Y cada vez, esa montaña (la vida) se me antoja que es más difícil de escalar.* Y además, con el agravante que la mayoría de las veces la escalada se realiza en solitario, sin ningún punto de apoyo en amigos o familiares, pues cada uno está metido en su propia onda. Miles de situaciones como esta llegan a constituir, lo que un autor moderno ha llamado, “las ciudades autistas”.

Dos consecuencias: la competitividad o la apatía y pasividad. Son los dos extremos por donde el hombre actual puede caminar. Las nuevas generaciones son competitivas en el sentido que desean llegar a la cima cuanto antes, sin importarles los medios (las zancadillas, el abandono de la familia, la renuncia a valores tradicionales, etc.). Su felicidad se encuentra en lo que los demás les señalan. Competir no es negativo. Lo negativo es querer competir sin tener un punto de apoyo, es decir, un “yo psicológico” lo suficientemente fuerte como para soportar la carga y tensión, que la lucha diaria supone. En definitiva, encontrar el sentido a la propia existencia y actuar en consecuencia.

El otro resultado, de la vaciedad del hombre de hoy, es la apatía e indiferencia. *Para que luchar –se dicen muchos jóvenes y no tan jóvenes– si sé que no voy a llegar a la meta...* Pero el resultado es el mismo: frustración y vacío. Como ejemplo de esta situación los miles de jóvenes que no se deciden a buscar empleo y se mantienen bajo el cobijo de los padres.

Nuestra era postmoderna se puede identificar con el **vacío**. Ya no se contrapone el sentido al sinsentido, la tercera vía es la apatía, la indiferencia; nada importa, todo tiene sentido, y al mismo tiempo es un “sinsentido”. Pero esa actitud pasiva puede llevar a soluciones drásticas como el suicidio, que muestra el clímax de un estado.

Este panorama lleva a afirmar a algún autor (Gilles Lipovetsky, 1986)¹ *que la sociedad postmoderna, no tiene ni ídolo ni tabú, ni tan solo imagen gloriosa de sí misma, ningún proyecto histórico universalizador, estamos ya regidos por el vacío, un vacío que no comporta, sin embargo, ni tragedia, ni apocalipsis.*

En el trasfondo de esta vacuidad podemos señalar que las características que definen a nuestra sociedad occidental son: el narcisismo individual y grupal, la búsqueda de la seguridad, la tecnolatría y la evitación del sufrimiento.

Narcisismo individual y grupal

Ante esta situación existen dos salidas: narcisismo individual y/o narcisismo grupal. En ambos casos, flota un deseo de búsqueda de apoyo (evitar el vacío) y de seguridad, de forma subjetiva o grupal.

La primera opción, “el narcisismo individual”, está impregnado de autosuficiencia y de repulsa del otro. Pero para ello debe suprimir todo sentimiento, que le pueda hacer vulnerable. Se configura así el “hombre narcisista”. Un persona que transmite artificialmente una gran seguridad, pero que es una ídolo con los pies de barro. Es una persona que convierte a los otros en “cosas” y los maneja a su arbitrio. Tiene pánico a compartir, a vincularse, pues eso implica considerar al otro como persona, y la posibilidad de exponerse a sus críticas y reparos.

1. Gilles Lipovetsky, (1986). *La era del vacío*. Barcelona: Anagrama, p. 9.

El “narcisismo social” (Fromm, 1977)², que es la base de los grupos radicales (políticos, religiosos o deportivos) es un reflejo de la propia inseguridad del individuo. Al pertenecer a uno de ellos, se pretende, de forma artificial, conseguir cierta armonía consigo mismo, aunque lo que en realidad se logra es la aniquilación como persona (ej. las sectas).

Esta dificultad para conectar con los demás también se refleja en el propio modelo de familia a la que estamos abocados: la familia atomista. Hoy, y más en el futuro, la familia no es una convivencia desde el amor y para el amor, sino exclusivamente quiere producir más, para así ofrecer más a los hijos: de una unidad de amor y convivencia, la familia va pasando a una unidad de producción. Lo importante es **tener** (coche, chalet, botas de marca, etc.) sin mirar cómo se ha conseguido (“el todo vale”) y sin tener en cuenta otras dimensiones genuinamente humanas: la solidaridad, la honradez, el gusto por compartir, etc.

En el terreno laboral, la competitividad es lo que marca las relaciones de los trabajadores sin tener en cuenta las necesidades individuales o familiares. Lo importante es producir, sin tener en cuenta al otro.

Por esto, Lipovetsky (1986)³ afirma que estamos en la era del narcisismo: la sociedad narcisista vive para ella misma, no existen preocupaciones por las tradiciones, ni los valores. Y concluye *la sociedad postmoderna al acentuar el individualismo, al modificar su carácter por la lógica narcisista, ha multiplicado las tendencias a la autodestrucción, aunque solo fuera transformando su intensidad; la era narcisista es más suicidógena que la era autoritaria*⁴.

Búsqueda de la seguridad

El hombre actual vive en una “sociedad de riesgo” donde ha superado los criterios de producción de la sociedad industrial para centrarse sobre todo en el “valor de la seguridad”. Así se han multiplicado los seguros de vida, seguro de accidente, seguridad de las relaciones sexuales para evitar el SIDA o la misma

2. Fromm, E. (1977). *El corazón del hombre*. México: Fondo de Cultura Económica.

3. Gilles Lipovetsky, (1986). Op. ct., p. 49.

4. Ibídem, p. 212.

preocupación por la salud, como en un intento por evitar a toda costa la enfermedad y la muerte (Beck, 1998)⁵.

Pero la seguridad absoluta no existe, por lo que el ser humano debe aprender a vivir en la cuerda floja del riesgo, para no caer en la crisis y deslizarse hacia su propia destrucción.

Desde la psicología hablamos de los factores de riesgo en la toma de decisiones, sabiendo que la seguridad absoluta de acertar no existe. En nuestra vida cotidiana continuamente estamos actuando entre la seguridad y el riesgo: cerrar la puerta de la casa con llave poniendo la alarma o no; comprar con tarjeta o con dinero metálico; ir por un sitio oscuro o con luz; hacer un viaje en tren o en avión, etc. En todos estos casos, además de otros factores (económico, rapidez, etc.) estamos valorando la mayor o menor seguridad.

Otro dato importante es que cuando buscamos la seguridad generalmente debemos hacer concesiones a la comodidad (ponerse o no el cinturón en el coche), a “perder tiempo” (el control en los aeropuertos), poner alarmas en el domicilio (gasto económico, etc.). Todo ello es más seguro pero a cambio de la comodidad, de tiempo o del dinero.

La seguridad, por otra parte, es una realidad pero también es una sensación personal; así, podemos calcular la posibilidad de que me atraquen en una calle solitaria y por la noche, o que tenga un accidente de coche si vamos a más de 250 km./h.; pero también es algo subjetivo, que va depender de la personalidad del sujeto: así podemos comprobar que existen individuos que tienen miedo a arriesgar en la bolsa o de estar solo en casa, por poner solo algunos ejemplos.

Pero la realidad es que estamos en una sociedad inestable, insegura y líquida. Magistralmente lo ha expresado Zygmunt (2013)⁶ al afirmar que a partir del 11 de septiembre de 2001, con el atentado a las Torres Gemelas, el mundo ha cambiado y se siente muy vulnerable, sobre todo con la amenaza terrorista. Es verdad que ya no existen fronteras, en nuestra “aldea global”, pero la sociedad se siente sitiada por sí misma. Al no existir fronteras cualquier situación trágica en un punto del mundo repercute, como las ondas de un estanque, en cada uno de nosotros.

5. Beck, U. (1998). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.

6. Zygmunt, B. (2013). *La sociedad sitiada*. México: Fondo de Cultura Económica.